

# GATOMAQUIA

Carta enviada a Álvaro Mutis  
en abril de 1994

Querido Álvaro,

Acabo de terminar tu *Tríptico de mar y tierra*. No pude leerlo antes porque el ejemplar que primero traje a París con ese objeto fue sumariamente secuestrado de mi casa por nuestro querido amigo Luis Sepúlveda a quien sólo Dios sabe qué malentendida debilidad latinoamericana me impide negarle lo que pide.

Lo terminé, pues, en estos días, con la indefinible pizca de pesar que nos deja toda cosa buena que se acaba. Luego tomé con la punta de los dedos una metafórica hoja en blanco, la computadora no da para más, con el firme propósito de continuarlo transcribiéndote mis propias gavieras impresiones sobre lo leído. Me llamó especialmente la atención el espinoso asunto de las costumbres de los gatos en Turquía y, por ende, en algunas otras regiones de este anárquico mundo.

El comportamiento detectado en Estambul se vincula de alguna manera con algo presenciado por mí durante mis recientes vacaciones en Puerto Vallarta y me pregunto si no tendrá relación con el hecho de que se trate también de un puerto de mar. Ignoro si los gatos mexicanos hacen rondas por los confines de la ciudad vieja, igual que sus congéneres turcos, o si se reúnen en lugares cuya historia desconozco aunque no me extrañaría que, a falta de mitotes medievales, vigilaran por las noches la casa de John Huston o se congregaran llenos de nostalgia en los mismísimos parajes donde Richard Burton le dio una que otra revolcada a la entonces revolcabilísima Elizabeth Taylor.

Mi hijo Bruno, a sus seis años de edad, es un enamorado de cuanto bicho en cuatro patas deambula sobre la faz de la tierra. Heredó, por fortuna, aunque no averiguo aún de quién, una

particular predilección por los gatos y los perros, animales algo más admisibles en la paz hogareña que un tapir, un lobo o un armadillo, por ejemplo.

El hecho es que en esta ocasión se amistó con un felino famélico de pelambre gris a rayas amarillas que ya había entrevistado yo cazando ratones por los jardines que bordean la playa del lugar, y lo introdujo sin más preámbulos en la cocina de la casa para hacerle beber un poco de leche en una escudilla que mi mujer improvisó para el caso.

Este gato, al que conviene más llamar portuario y no porteño para mantenernos a prudente distancia de ciertas susceptibilidades sudamericanas capaces de encontrar alguna viciosa alegoría en esta crónica, empezó a maullar pidiendo más leche y más comida hasta que mi esposa y yo juzgamos que ya se le había dado suficiente y decidimos echarlo de la casa.

El felino se marchó de mala gana, a todas luces descontento de lo que debe haber considerado una imperdonable tacañería de los humanos, sólo que minutos más tarde se presentó otro, éste de un negro alquitrán y, a pesar de no haber sido invitado, exigió con minuciosos frotamientos, ronroneos y maullidos lastimeros el mismo trato que el gato precedente. Al irse vino otro, color miel, y luego, al partir el anterior, otro más, rojizo y manchado de oscuro. Así se fueron turnando, uno tras otro, alrededor de una media docena de gatos a cual más hambrientos y exigentes.

Hasta aquí el relato no tiene mayor trascendencia y todo parece reducirse a una suerte de chismografía gatuna, dirás tú, en la que el primero avisó al segundo y así sucesivamente hasta que entre todos lograron agotar nuestras existencias de leche y carne molida. En un principio yo te habría concedido razón a pesar de que el episodio se repitió durante los días subsiguientes: los gatos visitándonos uno a uno, sin jamás presentarse dos al mismo tiempo. Este hecho, tan peculiar de por sí, debió abrirme los ojos a la singularidad del evento pero lo cierto es que nunca sospeché nada anormal. Ahora sé que un gato, aparte de lo que se dice de él, es lo que aparenta ser más lo que en realidad es,

cosa que por añadidura nunca sabremos con certeza. Tienen la aptitud de despertar en los humanos una suerte de admiración y de desconfianza instintivas que sin duda nacen de su belleza y de su insumisión, pero también del supersticioso temor que nos inspira su facultad de penetrar con la vista ahí donde la oscuridad obstruye nuestra mirada ciega. Yo, te lo confieso, hasta antes de mi descubrimiento no los consideraba más que unos sedosos onanistas que cuando les viene en gana se nos restriegan en las piernas para acariciarse a sí mismos con una abusiva cachondez que, bien mirada, posee todos los agravantes legales de una violación diminuta.

El hecho es que una tarde, poco después de la puesta de sol, hora en que los gatos solían iniciar su interminable ronda de visitas al departamento, observé por casualidad introducirse a uno de ellos tras un macizo de flores y, casi al instante, vi salir a otro gato de distinto color. Me aproximé a registrar el seto y no pude hallar rastros del primero por más que exploré entre el follaje. Me dirás que de noche todos los gatos son pardos pero no, éste era el rojizo con manchas oscuras, imposible confundirlo con el gris de rayas amarillas que advertí deslizándose tras las buganvillas.

Esta constatación me llenó la cabeza de dudas. Recordé consternado la bien documentada connivencia entre gatos y magos. Una sospecha me cruzó entonces por la mente, una sospecha que, por lo descabellada, nunca participé a nadie. Si te la confío ahora es porque, estarás de acuerdo conmigo, después de tantas generaciones de servir como mascotas a nigromantes y hechiceros, es natural que hayan aprendido algunos trucos. No por nada el mero atisbo de un gato negro atravesado en el camino hace estremecer al más pintado. Tampoco podemos olvidar que en una época los adoraron en Egipto y, en otra posterior, los inventariaron en París. Esta preocupación de los franceses por determinar su exacto número me proporcionó la clave del enigma: ¿cómo era que, a pesar de las constantes visitas vespertinas del clan misifuciano a nuestra casa, jamás los habíamos visto juntos?

Llegué a la conclusión de que estábamos siendo embaucados, literalmente *engatusados*, por un solo felino insaciable mostrándose a voluntad bajo diferentes aspectos. Por eso, cuando mi hijo insistió en adoptarlo, yo me opuse temiendo adquirir una voraz tribu de mutantes camuflándose bajo una sola apariencia, o viceversa, tú me entiendes. Sin embargo, Lorenza, mi esposa, se alió con su lloroso vástago y, a pesar de mis protestas y objeciones, decidieron llevárselo consigo.

Por suerte el gato pareció anticiparse a sus designios, no por afectuosos menos aviesos. Estoy convencido de que prefirió la soleada costa jalisciense a los duros fríos invernales de la glacial Europa, sobre todo si se puso a considerar la pertinaz lluvia a la intemperie en los tejados parisinos. El caso es que desapareció como por ensalmo, sin prevenir a nadie ni dejar indicación alguna sobre su posible paradero.

Lo que no se explican ni mi mujer ni mi hijo, a quienes jamás puse al tanto de mi descubrimiento, es que al irse ese gato ningún otro haya vuelto a poner pata en nuestro hogar a pesar de la mañosa escudilla desbordante de leche que colocaron como señuelo ante la puerta. A Bruno le decepcionó esa falta de fidelidad felina pero a fin de cuentas aprendió algo importante: el hombre propone y el gato dispone. Tendrá que conformarse con Gorki, el perrazo que ya poseemos en París.

Estas líneas tienen como objeto, ya lo ves, además de hacerte llegar mi más reciente novela, *Banda de Moebius*, la que espero esté a la altura de tu admiración por la antigua cultura musulmana de Al Andalus, notificarte que hay un gato en Puerto Vallarta decidido a vivir sus siete vidas de golpe, en forma simultánea, alternando sus pelambres de acuerdo a su humor y a sus necesidades, hasta el día en que agotará por completo los disfraces con una muerte única. En eso no difiere de los escritores que conozco, capaces de llevar, a través de un abigarrado repertorio de personajes inventados, una existencia múltiple desde la precaria certidumbre de una sola vida. Aunque ninguno como tú para deslumbrarnos con la ilimitada variedad

de posibilidades y aventuras que tan plural existencia puede ofrecer.

De vuelta en París, me ocurre a veces acariciar a mi perro mientras pienso con nostalgia en aquel enigmático felino mexicano. Cada quien tiene los animales que se merece, dirás tú abogando por tus preferencias, pero yo, a pesar de tus propios gatos, del mítico *Teodoro W. Adorno* de Cortázar y del *Zorba* de Sepúlveda, no estoy descontento de mi perro. El gato, si la memoria no me engaña, fue junto con la serpiente el único animal que no se dolió por la muerte de Buda.

Por favor da un beso a Carmen de mi parte y tú recibe un fuerte abrazo de tu amigo

**Antonio Sarabia**  
*París, abril de 1994*